Ana & Ruben
Ibarra



Milagro de fe

Un campo flotante casi todo sueño

Ana María Pedemonti Falero

Pseudónimo Ana Ibarra

Nació en Montevideo, el 18 de diciembre de 1933. Desde niña estudió piano y ballet. Ingresó en 1951 a Magisterio, obteniendo en 1954 el título de maestra. El 5 de marzo de 1954, contrae enlace con Ruben Ibarra.

En 1958 funda una escuela de ballet, dándole importancia a la educación integral del niño, incrementando en él, el sentido estético, para esto crea un estilo diferente de Teatro-Danza.

Entre sus obras de teatro-danza se encuentran: *Mi ciudad en colores*; *Historia de paz y de amor*; *Crespín y Titina se van a casar*; *Cuentos bailados*; *Aventuras de Caperucita y el Lobo*; *el Gato que perdió las Botas*; *Arriba el Telón; Sapolín y el Mono Sabio*; *La Plaza encantada*; *Los cuentitos de la Abuela; Estampas*; y *Entre tangos y Milongas.*

En 1998 en coautoría con su esposo, Ruben, realiza "*Esperando la primavera". "Milagro de Fe"*, repite la experiencia anterior, contando un mundo conocido y vivido, documentado con fotos, que acompasan la historia.

Ruben Darío Ibarra Vázquez

Nació en Montevideo, el 7 de marzo de 1928. Se crió en el departamento de Treinta y Tres, en Solís de Mataojo. Concurrió a la escuela del lugar, dirigida por su madre, Clotilde Vázquez de Ibarra.

Sus estudios liceales, los realizó en Minas, trasladándose a Montevideo, donde cursó Licenciatura en Letras, en la Facultad de Humanidades. En ésta, tuvo como profesores, entre otros, a Paco Espínola, Emilio Oribe, Sabat Ercasty, Roberto Ibáñez, Domingo Bordoli, y Sergio Visca.

Obtuvo varios premios: en 1949, en la revista ASIR, con el cuento *"Chasque"*, en la revista Mundo Uruguayo y en los diarios El País y La Mañana. En 1955 obtiene, por parte del Ministerio de Educación y Cultura, un premio por su obra *"Patria vieja"*.

En 1998 editó *"Esperando la Primavera"* en coautoría junto a su esposa. Cumplido su ciclo laboral "cría caballos", en una pequeña parcela de campo.

Este libro es testimonio del maravilloso entorno que vivió.

“MILAGRO DE FE”

Ana Ibarra y Ruben Ibarra

UN CAMPO FLOTANTE CASI TODO SUEÑO

Historia real,
testimonio de un maravilloso entorno,
milagro de la naturaleza.

PRÓLOGO

Dice extasiado a quien quiera oírlo, principalmente a los jóvenes, que él fue testigo presencial de una época maravillosa. Cuenta que cuando iba a la escuela, allá por Solís de Mataojo, haciéndose la rabona, visitaba a un señor que tenía un ranchito en la costa del Solís, y que tocaba en su guitarra una música que iba absolutamente de acuerdo, con el rumor del agua cantarina, las luces que goteaban de los ceibos.

Andando el tiempo supo su nombre, se llamaba Eduardo Fabini.

En Minas, época de liceo, un día estaba sentado en una peluquería al lado de un hombre bueno, que se llamaba Juan José Morosoli. Se lo contó a su hija María Luz, y le dijo "no me animé a hablarle, pero yo conozco a todos sus personajes", y era cierto.

Años posteriores, gloriosa Facultad de Humanidades, lujo por nada. Tomó mate en bedelía con Paco Espínola y hablaron del bajo de los pueblos. Emilio Oribe, Sabat Ercasty, monumento gesticulante, todo poesía y mimo. Roberto Ibañez, Domingo Bordoli, bohemia pura, contrastando con la grave seriedad de Sergio Visca. Y no una docena de personalidades fantásticas, increíbles en aquel momento que fue sencillamente histórico. El lujo barroco de un Bergamín, que tanto hablaba de toros, como sacaba pañuelos. Cartas de Xirgú, de un tal García Lorca. Y en primera fila, Maneco Flores Mora, en medio de dos beldades, una vestida de azul, otra de rojo.

Junto a Seluja, Mercedes Ramírez y Eneida Sansone, asistimos azorados a tamaño prodigio. Fundamos una revista y el día que vino Juan Ramón Jiménez con su Cenobia lo entrevistamos, pero era tan grande, que sólo nos salieron, como dijo Mercedes, unos gorgoritos. Podría hablar horas enteras seguido pero no es permisible pecar de la soberbia de haber visto y oído tanto.

Y él, ¿qué hizo? Poca cosa. También con un matiz insólito, luego de varios premios en ASIR, publicaciones en el Mundo Uruguayo (si será viejo), El País, La Mañana, una remuneración

literaria en el Ministerio de Instrucción Pública por Patria Vieja. ¿Por qué no se divulgó? Porque en esos años toda nuestra cultura estaba influenciada por Europa y hablar de gauchos (relatar un camino al Ayuí) de simples paisanos "era un atraso".

Rescata con orgullo, Clara Silva, que fue jurado "hay tanta ternura que lloré al leerlo", y a Zavala Muniz le gustó mucho.

Ahora cumplido su ciclo laboral, "cría caballos" en una pequeña parcela de campo. Es feliz, lee, escribe como testimonio junto a su esposa, el entorno que lo rodea.

Se podrá decir que algún tema de lo escrito, lo intrigaba y lo atrapaba con una fuerza recurrente. Pudo ser. Pero también, sabemos que las letras le fluían desde su interior y podíamos ver papeles escritos sin su finalización, con una fluidez que nunca se podía ver la más mínima estrechez de su imaginación.

Así podemos disfrutar de sus textos gracias a la recopilación que hizo su esposa, donde podremos impregnar nuestra vida de una realidad personalizada del mundo viviente, tal como sólo el escritor supo pintarla.

Dr. Roberto Iglesias Barnech

PURA FÁBULA



Chata, baja, es esta franja de tierra.

Poco, muy poco más alta que el bañado, largo, curvo, que la circunda.

Y que entrecerrada su glauca pupila, por verdosos juncales y espadañas, acecha astros, desde tiempos inmemoriales, mientras que con sus cambiantes orillas, va copiando fases lunares.

Baja, chata, pero cubierta de ubérrimos gramillares.

Insignificantes, sólo en apariencia.

Porque, justo por aquí pasa todas las noches parpadeando luces, la Cruz del Sur, a veces, casi rozando los pastos, cuando están embebidos de rocío.

Y como si esto fuera poco, en estos días especiales de extrañas lluvias, aquí mismo estalla de pronto, la silenciosa carcajada de un arco iris, que llega buscando este escondite, para enterrar alguno de sus fabulosos tesoros iridiscentes, haciéndolos deslizar tintineantes, siempre de apuro, por sus luminosos toboganes.

Dan fe, claro, de este tamaño de prodigio, largas hileras de pinos y eucaliptos, que se apretujan estupefactos, sin dejar, pese a su asombro, de servir como cómplice telón de fondo, para este mágico lugar.

¿Pero vale la pena tanto sigilo, tanto secreto?

¡Si en cada primavera, lo revelan, lo denuncian, las flores!

Las flores, ni tibia todavía la tierra, asoman entre la hierba en descomunal desparramo, con tremendo derroche de colores.

Felices, risueñas, con alboroto de niñas en recreo, con ingenua coquetería, exhiben sus tan frágiles, como primorosas joyas, delatando así el angelical saqueo subterráneo, en el que todas, han participado.

Todas, todas, así sean blancas, rojas, amarillas o lilas.

De tréboles, lirios, macachines, o aún las azules, de los supuestamente serios cardos.

Ni que decir que tan extraordinario paraje, es natural morada para infinidad de seres maravillosos.

Por obra y gracia de la simplicidad de su existencia, viven en una armonía justa, equilibrada, medidora de dones. Cada uno con su propia sabiduría, que sublimada cabe en un simple grano, o diminuta gota.

Y como sucede siempre, acá también llegó el hombre.

Este en particular, arrastrando por raros medios, (para los animales) un insólito rompecabezas, que depositó en el punto más alto de la agreste comarca, provocando escandalosas corridas.

Y de inmediato y así, día a día, con infinita paciencia de hormiga, trabajosamente, comenzó su armado, contemplado con arrobo.

¡Qué intrigante era esto!

Por un lote de enormes caballos (en realidad yeguas) que el hombre también había traído, en una especie de tortuga gigante, sonora y maloliente y que haciendo círculo, asistían a su trajín, a sus idas y venidas, luchando como no se sabía bien con qué.

Ocultos, vigilaron los ojitos redondos del bicherío, duritos de espanto, por tan grave omisión. Agrandados por una indignación, que derivó a curiosidad, tremenda curiosidad, al no poder comprender ellos, aquella evidente amistad, entre hombres y caballos.



Ojitos rojos, se volvían, fosforescentes, abandonando en los atardeceres seguros escondites, cuando el hombre llamaba a sus amigos, para guarecerlos en esas cajas, que por el día armaba, con suaves, melancólicos silbos, que para nada molestaban, el sacro silencio del bañado.

Pasó tiempo.

Algún tiempo.

Tenso, expectante, para los animales.

Diluido luego, como eco que absorbe la tierra, igual que lluvia.

Y ya todo fue curiosidad pura.

Que los impulsó a medrosos, alocados, acercamientos.

Limitados a tímidas visitas a las proximidades del extraño hábitat.

Llenos de aspavientos pueriles. Sustos, que iluminaban la cara del hombre, que simulando no advertirlos, disfrutaba sus tentativas.

Pero en su mano hubo un convite, cuando clavó estacas, futuras dadoras de sombra.

Cuando alzó una pala para cavar un pozo, promesa de frescura.

Y creció el árbol, donde colgó en amarillo balanceo, su desfachatez, el benteveo.

Merodearon estridentes urracas, pidiendo comida, voraces gorriones.

De allí lanzaron su metálico pregón, pro-barro, horneros colonos.

Y una tarde, ¡qué tarde! En medio de respetuoso silencio, para todos, cantó un sabiá.

Pero fueron los caballos, los que llevaron el mensaje definitivo.

Estaba escrito en sus ojos y era muy simple —sólo decía: “Hombre bueno”— era creíble.

Los bichos, luego de breve conciliábulo, lo aceptaron, y el hombre quedó integrado.

Tanto, que, seguro por influencia de los extrovertidos logros, que necesitan que alguien cuente sus hazañas, lo nombraron escriba.

Con el voto en contra, claro, de las ladronas urracas, que nada quieren saber con los que cuentan cosas, porque todas dicen, son solo, pura fábula.

ESCRIBA, ESCRIBA

MAMÁ TERA

Al invierno le faltó agua.

O tal vez, la distribuyó mal.

Mucha al principio.

Casi nada después.

Y ahora la primavera no da abasto, para calmar tanta sed.

Esperan millones y millones de brotes, de hojas a medio crecer, de flores sin abrir.

Hay impacientes reclamos por futuras frutas, gordas semillas.

Hay ansiedad, mal humor.

Horneros desgañitándose, a espaldas del sol, de puro protestones, ellos, porque en la zanja todavía queda barro.

¡Primavera muy nerviosa! Envía vientos por todo el cuadrante.

—¡Traigan agua! ¡Agua!

Es la orden.

—¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!

Es la consigna.

Raudos van los vientos.

Norte — Sur — Este — Oeste.

La rosa gira enloquecida.

Por la noche, exhaustos regresan, deshilachados.

A remalazos rozan las copas de los árboles y ya caen rendidos entre los pastos, que apenas se agitan.

—¿Viento? ¿Viento? ¿Nada? ¿Nada?

Nada.

—No. Todavía no. Todavía no.

No.

¿Pero allá…? Allá al ¡suroeste! (como una luna volcada, asoma apenitas una ceja violeta).

—¡Sí! ¡Sí! ¡Allá! ¡Allá!

¡Que las ranas, las ranas, y los sapos ayuden!

Toda esa noche y muchas más noches croaron.

La ceja violeta se enarcaba.

Crecía redonda, aunque sólo era visible, alumbrada por los pálidos velones, de las Tres Marías.

Ahora de día, el viento, sólo allí buscaba.

Y abajo hervidero.

—¡Teru tero, teru tero, teru tero!

La fiesta de la tribu alada todos los años renovada.

—¡Teru tero, teru tero, teru tero!

Novísimos casales, danzan.

Vértigo restallando en gris, blanco y negro, pletóricos, exultantes, entre la atildada gala de sus orgullos congéneres mayores, que pese al escandaloso jolgorio, no olvidan patrullar su espacio aéreo.

—Teru tero, teru tero.

Una parejita atolondrada de dicha, se aparta, buscando sitio propicio para su nido.

—Teru tero, teru tero.

Ebrios de galanterías, creen encontrarlo, próximo a la cerca, allí donde los cubos de hormigón levantados por el hombre, quiebran la fulminante, alevosa picada mortal, del águila mora, siempre en traicionero acecho, desde el solitario árbol seco, que le sirve de residencia y atalaya.

—¿Teru tero, teru tero?

—¡Teru tero!

Teru tero, bobalicón, muy enamorado, aprueba.

Sube, baja, sube, baja, su copetuda cabeza.

¡Teru tero tero tero!

—¡Que te quiero, quiero tero! ¡Tero!

—¡Viento! ¡Viento! ¡Viento!

Llegaba desfalleciente.

—¡Viento! ¡Viento!

—¡Viene el agua, viento!

—¡Sí! ¡Sí!

—¡Viene! ¡Viene!

De noche, ya levanta la tormenta, su rostro cárdeno.

A lo lejos gesticula amenazante.

Pero de día se ahoga en el hondo pozo azul del cielo.

Y con el alba…

—¡Viento! ¡Viento!

—¡Ve!, ¡ve, por el amor de Dios, ve!

—¡Veeeé!

Abejas hambrientas.

Aguaciles neuróticos.

Pájaros zonzos, que pierden las ramitas que llevan en el pico.

Lánguidas flores desmayadas.

—¡Y esos horneros que en nada ayudan!

—¡Cómo escandalizan!, ¡pese a que en la casuarina, tienen su casa pueblo, casi terminada!

—¡Vientooo! ¡Vientooo!

(El cárdeno rostro se pone lívido y hace muecas cada vez más cerca).

Ranas y sapos, se enloquecen.

Ya no duerme nadies.

Mala noche.

El sol amanece ojeroso.

Todo es un enorme bostezo.

Cuelga perpendicular, cuando recién va Marcela, la gran yegua zaina clara, rumbo a la todavía apetitosa pradera, seguida por sus socias, somnolientas.

Camina lento, con desgano, pero conciente de su responsabilidad de madrina, por el estrecho sendero junto al alambre.

Indiferente, ve escurrirse entre los pastos, a la culebrota verde, que luego de escapar, se detiene y las mira, brillante su ondulante cuerpo.

—Es inofensiva.

Continúa su cansino paso.

Hasta que de pronto cae sobre sus orejas un insólito chaparrón de gritos destemplados, que hirientes, estentóreos trepan sus peludos tímpanos.

Agradecida pero aún displicente, localiza al iracundo bichejo que los emite y que más que avisar su presencia, gratuitamente la insulta.

Descubrirlo le causa gracia.

¡Inaudito!

Para sobre un pequeño montículo de tierra cubierto de hierba, (ex hormiguero), una escuálida terita clueca, se empina desde su nido, toda descuajeringada en su descomunal esfuerzo por parecer imponente. Y que sólo resulta cómico, no obstante la furiosa andanada de sus gritos.

—De acuerdo. ¡De acuerdo!, ¡ya te vi! —dice sin enojo alguno, la cabezota de la yegua zaina clara, inclinando solícito, su largo pescuezo.

—¡Ya te vimos! ¡Ya te vimos!

—¡No te vamos a molestar!

—¡Ninguna pisará tu nido!

Inútil su afabilidad fraterna.

El chaparrón arrecia.

—¡Te vemos!, ¡tranquila terita!

—¡No grites tanto!

Nada, nada.

El griterío aumenta.

Teru tero, terito, llega a saltos torpes, también aturdido. Intenta calmar a su histérica consorte, en pleno ataque.

No lo consigue.

Las otras yeguas, despabiladas por el escándalo, se acercan.

Hacen círculos mirando y mirándose expresivas.

Parlotean, ellas sí, comadres ofendidas.

—¿Qué le pasa a esta, ché?

—¡No sé!

—¡Nada, nada!

—¡Ni la tocamos!

—¡Ni cerca pasamos!

—¿Entonces?

—¿Será boba?

—¿Boba? ¿Una tera boba?

—¡Chiflada!

—¡Sí, eso! ¡Una tera chiflada!

Sin oirlas, Marcela flemática, inclina pausadamente su cabeza, en calma reverencia.

Intenta, siempre amable, terminar el pintoresco episodio.

Susurra en tenue resoplo.

—¡Ssssshhhh!, ¡escucha!, ¡escucha!

—¡Escucha!

—¡Que vas a romper todos los huevos!

—¡Escucha! ¿No le tienes miedo?

Cómo tenerlo de esa desgarbada avecilla, qué ridícula, pugna por transformarse en una horripilante “espanta caballos”, acerca su belfo palpitante…

—¡Somos tus…!

No termina de formular su voto de amistad, porque fulminante, un picotazo tremendo, hiere su nariz.

Con celeridad de relámpago, echa atrás la cabeza y aunque no retrocede un paso, un golpe de ira enrojece sus ollares, y desde imponente altura, mira un instante, la atrevida bicha, minúscula, por más que se infle desafiante, dispuesta a continuar el singular combate.



Marcela sacude la cabeza molesta.

Le fastidia el picotón, más doloroso que el de un tábano.

Y escucha, ahora sí, los relinchos divertidos de sus compinches, que festejan el lance.

—¡La picó!, ¡la picó!

—¡Sí! ¡Sí!

—¡La picó!

—¡Es mala!

—¡Mala, mala!

—¡No, no! Opina Marcela, viendo como ya rodaron entre el pasto, los cuatro huevos pintados.

—Solamente es boba.

—¿Boba, boba? Sí, boba.

—Miren.

—¡Quiere pelea!

—Pelea.

La terita gladiadora, ensaya provocativas fintas.

Marcela divertida, olvida el picotazo.

Simula aceptar, ese descabellado desafío.

Le basta ese chiste, para olvidar la ofensa.

Aparatosa, finge titubeo, sacude por lo alto su cabeza, exasperando así al plumífero remolino, allí abajo.

Luego, como si hubiera cobrado coraje, inclina su testa, pone ojos de miedo, y ofrece blanco, cauta, medida, y cuando el pico alevoso zumba, impávida, leve, con lujoso aplomo, por poquito, esquiva.

Así una vez, otra, varias veces; tantas veces, que el pequeño basilisco, totalmente fuera de quicio, cae del montículo, sin cesar su ataque, pese al traspié.

Pobrecilla.

Suficiente, suficiente, —dice la cabeza de la yegua, inmóvil en lo alto.

Suficiente, suficiente.

—¡Era una broma!

—¿Broma?

La belicosa terita no concibe esto.

Sí, las demás yeguas, encantadas por el juego, recién inventado.

Todas quieren participar en ese divertido "esquive el pico", aunque alguna por tonta, pierda, porque la pobre terita, no para de arrojar, ciega de rabia, su nunca rendida lanza, contra esos enormes, diabólicos, molinos de viento.

Por fin la barahúnda llega a los oídos del hombre, que acude presuroso, y es injusto, como todo aquel que capta un hecho parcialmente.

—¡Grandulotas! ¡Grandulotas! —grita enojado.

—¿No les da vergüenza? ¿No les da vergüenza, judiar así a éste pobre bicho?

¡Pobrecita! ¡Pobrecita! ¡Déjenla tranquila!

¡Caminen! ¡Caminen grandulotas!

¡Caminen! ¡Corran, corran! ¡Rápido, rápido! ¡Yaaa! ¡Yaaa!

Las grandulotas, (para nada arrepentidas), retozan en círculo, lanzando coces al aire, ante los vuelos rasantes, de toda la tribu de teros.

—¡Pobrecita! ¡Pobrecita! Rezonga.

Arrodillado el hombre recompone como puede, el pataleado nido.

Recoge, uno a uno, los cuatro huevos pintados, por suerte sanos.

—¡Pobrecita! ¡Qué desparramo!

—¡Esas yeguas!

—¡Vas a ver cómo las arreglo!

La angelical terita, a dos pasos, lo mira, aún perfilada como pugilista.

Pero está cansada, muy cansada.

El hombre sonríe.

Mira la carota fea de la tormenta que gesticula, ya casi encima y le dice:

—¡Si esa, no baja pronto terita, todos, todos, nos volvemos locos!

~

Y la tormenta, enorme llega, por fin, poco después del mediodía.

Precedida por rapidísimas nubes pardas, que vuelan bajo, sobre la tierra, oscureciéndola.

Y nadies sabe quién las impulsa tan ligero, porque el viento paró de pronto del todo, seguro para escuchar el fragor de los truenos, todavía distantes, y las primeras gotas de agua, aún no caen, pero sí

pasa, enganchado en las gordas nubes, como goloso anticipo, un fuerte, delicioso, olor a tierra mojada.

Y el bicherío al sentirlo, al unísono prorrumpe en un desaforado coro de hurras, mientras la manada de yeguas, por rápida y unánime decisión, porque ¡el mundo se viene abajo!, eligen recibir al glorioso chaparrón que se avecina, "al descampado y en la mitad del lomo", aunque esas agujas de plata, que ya brillan, supongan frialdad de hielo y salen sin más, en frenética estampida.

—¡Aguaaa ! ¡Aguaaa! ¡Aguaaa!

—¡Aguaaa ! ¡Aguaaa!

—Que anegue todas las bocas hasta el hartazgo.

—¡Hasta que no se pueda beber más!

—¡Aguaaa! ¡Aguaaa!

Un cielo de porcelana rota, cae sonora.

Llueve, llueve cada vez más fuerte.

Así toda la tarde.

En la noche, oscura pero cantarina, el hombre empapado, oye el sordo retumbo de un tropel.



Son sus yeguas que regresan a la carretera.

Larguísimas sombras escurridas.

Arrastran sujetos a sus estaradas colas, trozos de tormenta, aún refulgentes de relámpagos tizones que apagan, hundiéndolos en la negrura de los galpones.

Resoplan, breve instante.

Callan.

Encontraron acomodo.

Duermen y la cortina líquida sigue bajando.

—¡Cómo llueve! —murmura.

Entonces siente un canto más potente que todos.

El canto del bañado.

Inundación en fija. —piensa doblándose lento.

De madrugada el diluvio sigue.

Y así es.

~

Al otro día, muy alta la mañana y toda pegoteada de sol, eso se ve.

Pero aunque el agua ya pasó, queda un pasto sucio de barro, espuma cuajada, pajitas sueltas, festón de resaca.

El hombre da pasos somnolientos.

Las yeguas no están.

Sigue sus huellas en el fango y las ve, ¡qué extraño!, a mitad de camino, en la ahora encharcada pradera.

Un soplo frío lo estremece, pese al vaho tibio que sube al suelo.

Va a ellas, presintiendo.

Las yeguas levantan las cabezas y lo reciben en una quietud, que sobrecoge.

Rodean, están rodeando el montículo, ayer motivo de escándalo.

Y miran con ojos grandes a la terita, aún sobre su pequeña altura, aunque es evidente, que anoche la rebasó el agua de la crecida.

Está de pie, haciendo fuerza para mantenerse así, con la ayuda de sus alas envaradas, a medias extendidas, más escuálida, más esmirriada que nunca.

Agacha de vez en cuando, su otrora altiva cabecita, para picotear convulsa, el sitio donde tuvo nido.

Respetuosas, las yeguas aprietan más el círculo y bajan las cabezas.

El hombre se une también, a ese largo, triste silencio.

Hasta que de pronto, muy cerca, un grito hondo, desafiante, vibra horadando la húmeda mañana.

—¡Teru tero tero tero! ¡Tero y tero! ¡Terutero!

Y todo vuelve a andar.



ESCRIBA, ESCRIBA

NIÑA FLOR — PATOJO — NIÑA FLOR



La gran zanja, desagua extensa planicie en el inquieto bañado.

Su aluvión arrastra humus hirviente de negra gordura.

Pájaros y vientos aportan semillas, que cuando el sol las calienta, revientan con irreal frenesí, trabándose de inmediato en cruenta lucha con otras especies, hasta que triunfa una, afianzando su dominio con exuberante extravagancia.

Este año, vencieron enormes margaritones, que con su amarillo rabioso, lujo por nada, sellaron los bordes del sangradero, invadiendo incluso el sendero paralelo, que usa la gente, pero más, las nutrias que por él se asoman sigilosas.

Una mañana, cuando el hombre miraba los margaritones, porque el sol malhumorado negaba su oro, vio con asombro, como, lo

que parecía un pequeño ramo, se desprendía de las matas y se acercaba trepando la escasa pendiente, con suave balanceo.

Pasado un instante, de viva intriga, sonrió divertido, al comprobar que el misterioso ramito independiente, era en realidad, el rubísimo cabello, de una diminuta niña, empequeñecida, más aún, por la descomunal botella de leche, que llevaba recostada a su pecho, asida firme, con sus brazos, gajitos de enredadera, mientras caminaba perseverante, con sus patitas de pájaro.

A su paso, el hombre levantó una mano, en emocionado saludo y la Niña Flor, flotando leve, le regaló una sonrisa.

~

Así, día a día, esperó su fantástica aparición, asistiendo a su gratísimo pasaje. Hasta que sucedió otro hecho notable.

Taura la yegua alazana, que había venido creciendo lentamente; hasta transformarse en una perfecta luna llena, parió una noche, un también rudo potrillo, que amaneció de pie, perfilado al tibio sol, erguido en sus larguísimas patas desgarbadas, empinado su cuerpecillo de vidrio soplado, revoleante su colita y toda la curiosidad del mundo asomada a la punta de sus orejitas, a los espejos refulgentes de sus ojillos oscuros, mientras mamá yegua, ahora luna licuada en miel, se diluía en ternura.

Y poco rato después, con tierno regocijo, una diáfana mañana, juntó a las dos gracias.

El hombre escuchó el grito jubiloso.

Vio la portera abierta.

La enorme botella blanca, recostada sobre unos zapatos rojos.

Y por último, vio a Niña Flor, descalza, arrodillada en la hierba abrazando con sus brazos, gajitos de enredadera, el fino pescuezo de aquel juguete, recién encontrado, pero ya, definitivamente suyo.

Y le hablaba sin dejar de acariciarlo, en un lenguaje ininteligible, que no obstante, debía ser simple, porque el potrillo lo entendía y le contestaba a la Niña Flor, con los mismos dulces sonidos y extraños signos.

Maravillado el hombre, asistió de lejos, al singular diálogo pero no osó interferir, porque él, ni poeta era, y se limitó al goce de ser testigo de ese prodigio, desde prudente distancia.

Por mucho tiempo, sólo eso fue Niña Flor.

Anticipaba su aparición, y la prolongaba en inefable espacio, donde, por obra y gracia de tanto amor, se trastocaba la rutina, de pequeños hechos cotidianos.

Era visible cómo mamá yegua, controlaba su hambrienta impaciencia, por ir a pacer a la pradera, para permitir el encuentro de su hijo, con la pequeña amiga.

Caminaba en nerviosos círculos, próximos a la portera, sin aparente sentido, llenando de perplejidad a sus comadres, ya piponas, que desde lejos, asombradas, la llamaban. Hasta que seguro, retorcijones fuertes en su barrigota, la obligaban a llamar a su feliz vástago con un relincho imperioso, que ponía fin al jolgorio, que terminaba siempre ruidoso, con palmadas, cariños mutuos y tirones de cola.

Y volvía a viajar, más orondo que nunca, el enorme botellón de leche.

Hasta que llegó aquella mañana tan especial, cuando de pronto sucedió aquel hecho, que produjo un insólito, aunque momentáneo quiebre, de aquel idilio.

Con sobresalto, el hombre escuchó el grito finito, lastimero, de Niña Flor. Puso atención y los cristalitos rotos de su vocecita indignada, golpearon a puñaditos, su oído.

Corrió

Una boquita dolida, abierta de par en par, gritaba:

—¡Patojo! ¡Patojo!

¡Patojo patas largas! ¡Patojo patas largas!



¡Saltas! ¡Brincas! ¡Bailas Patojo! ¡No te quedas quieto Patojo!

Eso era, eso es.

El hombre afligido, ve el botellón semi derramado. Mira los ojos asombrosamente azules de Niña Flor, llorando lágrimas luminosas.

Tontamente preguntó:

—¿Qué pasó?

Se estira un dedo acusador, señalando al petrificado muñeco de felpa.

—¡Éste, este patojo idiota que me tiró la leche! ¡Sí!, sí, vos, ¡vos fuiste! Vos —sentencia—. ¡Sos un bicho malo y feo Patojo!

Y bajo una lluvia de pegoteados pelos de oro, su boquita pregunta al hombre.

—¿Vos tenés leche?

Sus ojos increíblemente azules se abren desmesurados, empujando una esperanza.

—¿Tenés más leche? —los ojos negros de Patojo también ayudan, imploran.

Imploran cuatro ojos.

El hombre se retuerce las manos.

—Sí —susurra, porque sabe que no puede contestar otra cosa.

Y los ojos azules, ahora se vuelven todo cielo.

Y la vocecita tintinea.

—¡Entonces me volvés a llenar la botella y ya está! Así de fácil.

—¡Ya está!

Claro.

(Patojo quisiera dar una buena cabriola, para festejar la solución encontrada, pero presiente que todavía el horno no está para bollos).

—¡Por favor! —irresistible ruego de pajarito.

—¡Sí!

Los ojos cerrados del hombre, corren camino adelante.

Ven dos monedas

Dos monedas de cobre.

Las que regresan ocultas en los zapatos rojos, bajo los pies sucios de Niña Flor, para no perderse.

—¡Por favor!

—¡Sí!

Botellón delicuescente en mano, entra a la casa y por la puerta de atrás y escondido va al fondo, donde está el pozo.

Cuando regresa, hecho el más que dudoso milagro, sobre su vergüenza, ríe, inocente, gozoso juego, que pone fin a la querella, aunque muy agitado por cierto, porque Patojo se resiste, las cuatro patas para arriba, hace que su lomo sirva de felpudo para limpiar los pies desnudos de su pequeña amiga.

—¡Patojo! ¡Patojo!, ¡quédate quieto! ¡Fue tuya la culpa! ¡Tuya!

Quieto, quieto Patojo.

Patojo. Patojo.

Al travieso potrillo, ya nadies lo salva de ese apodo.

Lo repite la niña, calzándose sus zapatos rojos, mientras su carita pícara, simula enojo. Y lo repite, junto al fuerte tirón de cola de despedida.

Es *leimotiv* de la cancioncita que inventa, para irla cantando burlona, mientras se aleja por el áureo sendero, con el enorme botellón impoluto, que viaja acunado por sus bracitos de enredadera, más orondo que nunca.

"...Patojo, Patojo patas largas,
no te da vergüenza Patojo…
tener las patas tan largas…"

Camina hasta perderse de vista, pero queda el eco de su canto, como una caricia.

"Patojo".

Así, después de aquella tragicómica mañana lo llamará siempre.

Gira, gira tierra.

Oscura tierra girando.

Es invierno.

El álamo perdió las hojas.

Las golondrinas se fueron.

El sol viene poco.

Los margaritones fueron abatidos por el viento.

Achaparrados, secos, ya no les queda ninguna flor.

Quizás por eso la pequeña niña ramillete, dejó de pasar.

Una mañana.

Otras.

Todas.

En vano Patojo la espera, con una tristeza infinita, que enflaquece su cuerpo zanganote, y que ni los lametones de mamá yegua, siquiera mitigan.

Interviene el hombre.

Patojo ya está en edad escolar.

Se terminó su holganza de niño.

Debe afrontar, severo, duro, aprendizaje.

Adiós pueriles correteos.

Adiós sabrosa teta de mamá yegua.

Adiós Patojo.

Adiós.

~

La pista ovalada del gran circo hípico, se engalanó por fiesta.

Música, color, alegría.

Desborda una multitud que palpita ansiosa.

Perdido entre ellas, el hombre.

Puro nervio; el hijo de su yegua Taura da examen.

Solo, en doloroso éxtasis, mira sin ver, de tan visto, el ahora potente físico de su potro, afilado al máximo.

Ante sus ojos giran extrañas flores amarillas.

Camina sonámbulo, ajeno, a pasos, que se acercan o alejan por la gravilla.

Un grito ululante, lo despierta y lo levanta en vilo levitado, porque su caballito también flota, alígero, al frente de una nube de polvo.

—¡Paaaatooojooo! ¡Paaatooojooo!

Risas.

¡Pero cómo va a gritar eso, ese hombre! ¿Acaso no sabe que ese caballo gana, tiene un nombre inglés, acorde con su ascendencia?

¿No lo escucha en boca de todos?

Ríen, está loco.

—¡Paatoojooo! ¡Paatoojooo…!

—¡Pobre hombre…!

Lo miran desdeñosos.

—¡Good…! ¡Arriba…! ¡Arriba good…!

—¡Good…! ¡Good…! ¡Vivan mirándolo!

No importa.

Por encima del huracán que aúlla en sus orejas, lo escuchó el caballito, que se tiende, más y más.

Porque ese vozarrón desgarrado le alcanza desde la feliz memoria de su niñez, un nombre dulce, mucho más dulce que el terrón de azúcar, que seguro, dentro de un instante le van a dar.

~



ESCRIBA, ESCRIBA

PÁJAROS DE COBRE — PÁJAROS DE SOMBRA

Esta repentina, breve, tibia lluvia, de hace un momento, debe pertenecer a alguna de esas nubes tornasoladas.

Seguro que se cayó por traviesa y ahora arrepentida, pugna por volver a subir a un cielo cada vez más limpio, asida a la malla de hilos, casi impalpables, de un sol enojado, por tanta ligereza.

Pero no pasa de trepar a la copa de los árboles, que la devuelven a la tierra, sacudiendo sus ramas barnizadas.

Inmersa en vaho, la hierba se despereza, exhalando un perfume que marea y es anticipo, de un redondo, rotundo mediodía.

Solo el sauce, intenta liberarse de tanto bochorno hechizante, encendiendo su foco verde de luz, que prendido, recorta una niebla sedosa, casi sueño, donde se dibujan y desdibujan, duendes y gnomos.

Tendido en una hamaca, el hombre no los ve.

Ha cerrado los ojos, fastidiado por descomunal reyerta, que de pronto estalló, en la vieja casuarina, donde la colonia de horneros, tiene su casa pueblo.

Con disgusto, obligado a prestar atención a este infernal bochinche, absolutamente discorde, con la encantada hora que transcurre.

Azota los verdiamarillos flecos del árbol, un vendaval de plumas, que giran en furioso torbellino, erizado por golpes de ala, entre destemplados gritos.

Y de a poco, la ronda color ladrillo se abre, permitiendo escapar, como piedras pardas a un encrespado casal que en oblicua zigzagueante parábola, obligan a seguir determinada trayectoria, a un atolondrado, desmañado, pichón, viene en lento, pesado vuelo, hasta la parra y allí, sobre un travesaño, lo mantienen en severa custodia,

mientras lo increpan y recriminan alzando mucho sus cabecitas porque es enorme, el tamaño de ese gandul, gordo y lustroso.

El hombre ya partícipe involuntario, reflexiona a priori.

—¡Lo que les habrá costado alimentarlo!

¿Y qué pasa con él? ¿No domina el vuelo todavía? ¡O es otra cosa!

Parece que sí. Porque los airados reproches se hacen frenéticos, se ve, que al zonzo pajarote, las razones le resbalan.

Enfurecidos los bajan a picotazos, en corto salto, más bien en caída, aterrizando junto al brocal del pozo, donde el agua vertida, convierte al polvo en lodo.

—¡Ooooohhh! ¡Todo ahora, está claro! ¡Quieren enseñarlo a trabajar! ¡Deben obligarlo a aprender!

Eso es.

Nadie puede vivir holgazaneando, a expensas de otro.

La colonia le ajustó las cuentas.

O trabaja o lo expulsan.

Es justo.

De ahí, tanto grito.

Si no sabe, que aprenda.

Gráficos los picos.

—¡Así, así se bate el barro!

¡Así, así se amasa!

¡Así, así se recoge!

¡Inútil!, ¡inútil!, ¡exasperante!

El torpe bicharraco, no los imita.

Indolente pía estúpido.

Insisten, insisten.

—¡Así!, ¡así, se bate el barro! ¡Así!, ¡así se amasa!

—¡Así!, ¡así, se recoge!

Inútil, inútil, ni lo intenta siquiera.

¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!

Menudean los gritos y coscorrones.

Y todavía…

—¡Así!, ¡así, se bate el barro! ¡Así!, ¡así, se amasa! ¡Así!, ¡así, se recoge!

Nada, nada.

Sólo su pío imbécil.

Ignora para qué sirve el barro.

No lo siente.

Más bien le repugna.

Azuzado, rueda por el fango, como pelele desarticulado.

—¡Qué vergüenza!

No hay caso.

Angustiosa fatiga detiene al casal de horneros, muy juntos, picos abiertos permanecen atónitos, cabezas a tierra.

Así están, cuando, suave, solapado, llega un chistido desde la cerca espinosa.

Enseguida otro, otro.

Semi oculto, los emite cobarde, un tan negro, como taimado tordo.

Al verlo, los horneros sienten un dolor, que les lacera el alma.

Comprenden todo.

De pronto.

—¡Incubaron un huevo ajeno!

¡Criaron un inútil hijo perjuro!

Anonadados por el criminal engaño, dan pasitos trabados, de pronto más chicos, más insignificantes, dentro de sus trajes coloridos.

Pían. Ciegos de dolor, vacilantes, por un momento parece que van a atacar salvajes, al pérfido canalla de la cerca, tal vez a ese guiñapo de plumas, bueno para nada.

Entrechocan ebrios.

Algo los detiene. Por un segundo, se apoyan en el brocal del pozo.

Palpitantes sus pechos de cobre.

Les duele la herida.



Pero no es bueno, hacerla más grande.

El odio es ruín.

La venganza es sucia.

Deciden ignorar la afrenta.

La burla.

Súbitamente, como poseídos, ambos corren hacia el charco y ponen a juntar todo el barro que pueden.

Más, más, febriles, frenéticos todo el barro que encuentran.

Todo, todo el barro.

Más, más, todo, todo.

Todo.

Y sin mirar hacia atrás, agobiados por el peso de una tremenda carga, vuelan con su cosecha, hacia la casuarina.

La llevan como moneda que paga una deuda.

Los recibe un piadoso silencio, que crece y crece.

Pobres horneros.

Pobres.

Ya puede perder su cántaro de agua, cualquier otra casquivana, nube tornasolada.

Volver a buscarlo, robándole escaleritas al sol.

Ser más intenso, el aroma de la hierba.

Aumentar su foco verde luz, el sauce.

Aparecer y desaparecer, entre pálida niebla, duendes y gnomos.

Que ya nada, nada, va a quebrar, este enorme silencio, que detuvo a la mañana, cuando ya casi alcanzaba, un irreal mediodía.



ANTÓN Y GRACY



El primer día frío del año, dejó el aire quieto, cuajándolo en una limpia transparencia de vidrio, como para conservar los colores que ya se iban apagando.

Muy temprano, había llegado la hora del fuego.

Pequeño aún.

Solo simple sonrisa de llamitas saltarinas, apenas lo suficiente para poner un poco de alegría donde es escasa.

Su humo azul, ayuda a transitar por empecinado silencio, a furtivos olores.

El hombre, forzando mesura, pone otro leño en el hogar encendido. Tiene como disculpa, una preocupación que lo acosa desde el día anterior.

Piensa…

Debo hacer un cuenco de papel, que sirva para recoger ese puñado de palabras, que cuentan la pequeña historia, que anda en boca de todos.

—Sí.

Antes que se la lleve el viento, como a hojas de otoño.

—Sí.

Está obligado, a partir de la voz de un niño.

El que ayer de tarde, inocente de su inmensa sabiduría habló.

Y su boca de pronto se iluminó deslumbrante, porque descubría algo que nadie había visto.

Vibró, inundando de gozo, su cuerpecillo, ofreciendo a todos, alzado en su voz, el misterio desvelado, creciente ya, en maravillosa revelación.

El hombre se estremece recordando.

Y su mano, lenta, ordena en el aire inmóvil, imágenes sueltas.

Desde el principio.

Sucedió así:

Un poco delante del crepúsculo, llegó una bulliciosa bandada de niños.

Imprevisto torrente de siete colores dorados, jilgueros campesinos, infatigables trilladores de rastrojos, colgaron un instante en el alambre, para caer entre un chaparrón de gritos, lanzados a garganta y brazo tendido, que se hizo audible primero, como eufórico saludo, de inmediato, en desafinado coro.

Gritaban cantando:

…¡Venimos, venimos, venimos, a conocer, conocer, conocer, sí! ¡La potranca, potranca, tranca, hermana, hermana melliza, del fabuloso, Antón, Antón, sí, sí, Antón sí. ¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Cuál es? ¿Cuál es?...



—¿Aquella es?

—¡Sí! ¡Sí…!

—¡Ésta es…sí, sí!

El hombre sonríe.

Con el alborozo, la banda rodeó en un santiamén una grácil potranca, motivo de la visita inquieta por tanto ruido, para detenerse enseguida, modelando a cada grito, orgullosa estatua, erguida hasta lo inverosímil, en ondulada línea, que iba de la cora al ras del suelo, hasta sus orejitas tiesas.

¡Sí soy yo! —parecía decir, volteando de un lado a otro su fina cabeza, posando con femenina coquetería, derretida de placer, al escuchar el elogio, de los niños.

¡Algarabía!

—¡Linda! ¡Bonita!

—¡Qué linda! ¡Qué bonita es!

—¡Rebonita!

Y ella:

—¡Gracias, gracias!

Bajaba y subía su testa.

—¡Linda! ¡Linda! Como el hermano.

—¡También chiquita, pero toda armonía!

—¡Sí, sí!

¡Linda, linda! Tal vez más linda.

—Antón no es feo…¡pero es tan…!

—¡Claro, él es macho! Y ésta es hembra.

—¿Cómo se llama?

—¡Gracy!

—¿Gracy?

—Se llama Gracy.

Bonita, rebonita, fluían los elogios.

Pero el parloteo regocijado, calló brusco, cuando los ávidos ojos de los niños, fueron remos delanteros abajo.

—Gracy, la bonita, rebonita, tenía encima de los cascos, sus dos ranillas gravemente deformes.

—¡Oooohhhh! ¡Ooohhh! —cuchichearon.

Los susurros se ahogaron en lástima y rabia.

—¡Pobrecita! ¡Qué pena, qué pena!

—¡Sí, qué pena! Es chueca, chuequita.

—Bien chuequita.

—¡Sí, sí!

—¡Qué pena, qué pena!

—¡Sí, qué pena…!

—¡Pobrecita! ¡Pobrecita! Ella nunca podrá correr.

—¡Nunca, nunca!

—Nunca.

—Sí, ¡qué pena!

—¡Qué pena!

—¡Sí, qué pena!

Gargantas cerradas.

Tan triste evidencia, preñó un largo silencio.



Inmovilizó figuritas, de dedos lívidos y narices sucias.

Entonces sucedió.

Uno habló.

Muy chico, de carita redonda, color de tierra.

Habló fuerte.

Convocando anhelos.

Pasaba entre los dientes, palabras roncas, que pugnaban, descascarando asperezas, en busca de oculto canto.

Y simplemente decía, pero con fuerza que orillaba el grito.

—¡Ven, ven, ven! ¿Por qué Antón corre tanto?

—Ahora lo ven. ¡Con razón! ¡Con razón!

Sobresalto.

Veinte niños boquiabiertos, mirando sin entender todavía, al pequeñín cara de tierra, que iba mucho más adelante que ellos, a las risas, brazos como molinetes, rodando por entre un agradecido aire.

—¿Ven? ¿Ven? ¿Ven? ¡No! ¿No lo ven?

—¿Acaso son ciegos?

—¿Ciegos?

—¿Para qué tienen ojos si no saben mirar?

Gozoso saltaba, distribuyendo manotazos a diestra y siniestra, entre el azorado corro.

—¡Bobos! ¡Bobos!

—Vayan a ponerse lentes, si no ven, lo que bien a la vista está.

Se burlaba, hacía morisquetas.

Provocativo cantaba:

¡Lentes, lentes, usen lentes, lentejas!

Estupefacción general, ante tan insólito desborde agresivo.

Y el niño color tierra, a los saltos.

Una risa honda que le salía de la barriga, con retorcijones y todo.

Dolorosa.

Hasta que de pronto cayó de rodillas, mudo, ojos mojados, súbitamente duro, imbuido de una enorme solemnidad, que le colgó del cuerpecillo, como ropa demasiado grande.

Pesada.

Giró y giró.

Brazos extendidos.

Trapecista.

Gallo ciego, cavando un pozo, puro sueño.

Payasito grotesco, alpargatas rotas, haciendo de oráculo, habló.

Sí, habló.

Paladeando con unción cada palabra.

Porque en cada una de ellas, ponía un poco de miel agridulce.

La gracia de revelarles, el secreto que había descubierto.

Con ellas, como gotas de bálsamos, salpicó dolidos rostros. Debían estar limpios, para ver, ahí delante, un milagro vivo, palpable, que él recordaba, girando, girando, asomado a un brocal, de hondura infinita.



—Ustedes saben. Todos ustedes saben —susurró, dispuesto a usar, como guijarros para medir una profundidad inmensa, pequeños hechos, que todos conocían porque integraban su cotidiano entorno.

—¡Ustedes saben, ustedes saben, que las yeguas solo pueden parir una cría por vez…!

—Sí.

—¡Sí! Se sabe eso.

Lo sabían.

(Devolvía arpegios, el encantado pozo.)

—Ustedes saben, ¡sí, lo saben!

—¡Sí! ¡Sí!

—¡Y hubo una vez, una que parió dos…!

—¡Sí, sí!

—¡La madre de…! La madre de Antón y Gracy.

—¡Sí, sí! ¿Por qué?

—¿Por qué?

—¡No sé! Yo noté. ¡Andá a saber…!
—¿Sería una broma? ¿Una picardía?
—Andá a saber.
—Tal vez, solo, un irse en vicio.
—Sí, como esas plantas, que por cargar tanto, pierden todo.
—Sí.
—Eso.
Habían visto.
Todos habían visto.
Zapalleras, catalanes, tomateras.
—¡Eso! ¿Será?
—¡Mucho sol!
—¡Mucha agua!
—¡Sí, eso!
—¡Irse en vicio!
—Mal año.
—Demasiado fuerte.
—Y sí.
—Eso.
—¡La yegua apenas pudo salvar a los dos…!
—Sí.
Silencio.
Todo dicho…
Lo que venía después, ya era fácil de entender.
—Claro. No sobró nada.
—¡Qué va! ¡Faltó!
—¡Seguro, estaba visto!
—¡Uno debía sacrificar algo!
—Sí.
—¿La yegua eligió?
—No.
—Miren a este bicho, ciegos.
—¿Cómo lo ven?

—¿Triste?

—¡Nooo! ¡Contenta y feliz! ¡Y tiene las dos manitas chuecas!

—¡Torcidas porque no hubo con qué…! ¡Pero qué le importa! ¡Miren, miren bien!, ¿no es una pinturita, de aquí para arriba?

—¡Sí, cierto!

—Es.

—Para compensar lo mucho que le dio al hermano.

—Uno, tuvo patas sanas.

—Perfectas.

—Patas como alas.

—Alas para volar.

—Sí, volar.

—Para que pudiera volar, por él y por ella.

—¡Sí! ¡Por los dos!

—¡El doble!

—¡Con fe!

—¡Con furia!

—¡Corre, corre, corre y pico!

—¡Corre, que te corre caballito!

—¡Vuela, revuela!

—¡Por vos y por tu hermana!

—¡Sííííí ¡Que vivas siempre caballito!

Todos los brazos en alto, menos los de una niña.

—Sí... ¿pero Gracy? ¡Pobre Gracy, pobrecita!

—¡Pobrecita!

—Uno. Varios, todos.

—¡Nooo, nooo! ¿Por qué?

—¡No hay que afligirse! Gracy es hembra, ¿no?

—¡Síííí!

—¡Entonces mañana puede parir! Otros seguirán volando por ella.

—¡Cierto! ¡Cierto!

Así de sencillo.



Diáfano.

Todos vieron cómo de aquel pozo mágico, subió un agua tan pura, que encima del brocal, sólo titiló un instante, antes de estallar, en una deliciosa luz, que iluminó el prodigioso secreto desvelado.

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

Los niños podían ver, porque todavía, era su tiempo.

—¡Aleluya!

La pena honda, asentada hacía poco, huyó asustada por la escandalosa gritería que se desató.

Jubilosas cabriolas y volteretas, festejaron el sensacional descubrimiento.

Y por eso es que cada carrera del fabuloso Antón, es un disparate.

—¡Una barbaridad!

Todos reían felices.

Una deuda de amor lo motivaba.

—Sí.

Ese era el secreto de la increíble velocidad, del chiquito Antón.

Fabuloso. Fabuloso

Y ellos, los niños, sólo ellos, lo sabían.

Disfrutaron hasta el hartazgo y trenzaron las negras crines de la potranca.

—¡Bonita!

—¡Rebonita!

—¡Dichosa!

Porque los niños habían descubierto algo, vedado a los mayores.

Y entendían perfectamente, por qué no le importaba nada, tener tan grave defecto.

—¡Si tenía un hermano que volaba por ella!

Rato después, la bandada de pájaros siete colores, se esparció por los campos, que ya iban hundiéndose en la noche más bochinchera, más cantarina que nunca, cantaban, hasta donde lo escuchara el oído, el dulce secreto.

"...Al Antón Gracy le dio…"
"...Gracy le dio al Antón…"

Nana chacarera, para la leyenda que nacía y que la comarca ya acuna con vaivén de horizontes.

Cavila el hombre.

¿Fábula? ¿Fantasía? ¿Realidad?

Sonríe.

Quién puede saber.

No importa.

Está resuelto a hacer, algo así, como un cuenco de papel, una caja de cartón que guarde esas palabras menuditas, que juntas, cuentan la pequeña historia de los dos potrancos.

Es chica. Ínfima.

Sí.

Pero acaso ¿no lo es también, la historia de esas hojas, en la cúspide del álamo, próximas a caer…?

Y en ellas hubo música.

Lo atestiguan, infinidad de estrellas.

El hombre se permite echar otro leño al fuego.

~

Escribe.

Fue por la época de la espiga dorada.

Cuando la fruta madura, gotea sol y la gorda sandía, cauta ante tanto arrebato, pinta su cáscara de verde, para esconder la roja ambrosía de su entraña.

Madre Natura, ebria de gozo, derrochaba prodigalidad, mientras tocaba a todo trapo su fanfarria, llamando a fiesta, para olvidar pasado duelo.

Pintaba a nuevo, la gran lona celeste de su circo, a brocha corrida, infinidad de detalles, cuando, pasó por allí, la gran yegua tostada, dando pasitos cortos bamboleante en su enorme vientre, inflado por todos los vientos de la primavera.

Y Natura, de puro borracha de vida, de puro exagerada, con su enorme panza, un gran cartel.

Decía:

—HOY— DOS POTRILLOS —HOY—

Anunciando una disparatada función.

Así fue, de madrugada.

Aparecieron el pie de la yegua, ¡dos!, ¡dos!, diminutos potrillos.

Tremenda conmoción.

Y público desfile.

Comentarios: ¡Qué cosa ché!

—Esto, ¡nunca pasa!, nunca.

Desmintió el viejo sabio.

—¡Bueno, sí, una cada mil!

Otro.

—¡No, cada diez mil!

Otro.

—¡Cien mil!

Fantasías.

Velados miedos.

Oscuros temores.

Hubo susurros. Viven pero…

—¡Ay! ¡Si los moja un rocío malo!

—¡Ay...ay, un viento norte, largo… una luna roja!

—Para mí…

—¡No viven...! No viven.

¡Sí viven!, dijo la ubre caliente, hinchada, de la yegua.

Y bajo su barrigota, se escondieron, tan frágiles como hermosos, los dos potrillos, asustados de tanta agorería.

—Recuerda.

—¡Qué parejita insólita!

Un machito, una hembrita.

El corazón del hombre, latió deprisa.

Sin saber todavía, que un viento malo, una luna bruja, los acechaba.

Allí.

Lejos.

En pleno centro de una gran ciudad.

~



Pletórico, sonrisa ancha, se acodó como lo hace dos veces al año, en el lustroso mostrador.

Desborda, contento, mientras mira extasiado, también como siempre, los brillantes cromos, que a lo largo y a lo ancho de las paredes de la oficina, documenta infinidad de glorias equinas.

Iba a denunciar, "en tiempo y forma" el nacimiento de los dos parvulillos, de su yegua tostada.

Para que quedaran "debidamente inscriptos" en el último de los enormes libros, que uno tras otro, desde más de cien años, integran en conjunto, el grave, monumental, solemne, ¡STUD BOOK!

Llegó su turno.

—¿Qué fue?

Sonriente levantó dos dedos.

—¿Dos nacimientos? Muy bien.

—Sí.

—¿Nombre de las madres?

Corrige.

—No, madre una.

—¿Qué?

—Sí, una yegua parió mellizos.

—¿Queeeé?

La exclamación entre incrédula y alarmada, le borró la sonrisa.

—…¡Mellizos!

—Sí. Machito y hembrita.

—¡Paahhh! ¡Qué barbaridad!

El empleado corrió a llevar la noticia.

Infausta por lo visto.

Velada angustia trepó de los talones a su garganta.

¿Qué sucedía?

Hablaban en voz baja, cuchicheando.

Sus orejas se estiraron al máximo, sin alcanzar.

Que la novedad no era grata, no había duda.

Leyó gestos adustos, vio ademanes, manos abiertas al vacío.

Fue una larga conferencia.

Por fin, tres cabezas se inclinaron, indicaron que no había remedio.

Y una, la más importante, vino hacia él.

Tembló.

Sintió miedo por algo, aún no definido.

El rostro que se acercó, siempre amable, cordial, ahora traía puesta la máscara de dar pésames.

—Lo siento mucho —dijo.

—¿Qué dijo?

—Lo siento mucho.

Anonadado, el hombre se abrió todo, boca, oídos, ojos, pecho.

Se convirtió en un redondo signo de interrogación.

Mudo, dolorosamente mudo.

Vio que sus ilusiones se transformaron en una enorme pompa de jabón.

Y sintió una mano ajena, que golpeaba la suya, una boca que, como si tal cosa, le dijo algo atroz.

—Degollalos.

Inaudito.

Eso escuchó estupefacto.

—Degollalos.

—Sí.

—No sirven para nada.

Sus ojos centellaron fulminados a ese Herodes redivivo, allí presente, tan natural, vestido con impecable traje azul y corbata perla, que levantó levemente los hombros, y repitió.

—Sí. Degollalos. No sirven para nada.

—¡Qué!

Se escuchó gemir y vio cómo su pompa de jabón explotaba, arrasando con sus trocitos iridiscentes, los suntuosos lambris, los metálicos cromos ingleses, sesgando el vitreaux del ventanal, moviendo la pesada araña de bronce, encadenada al techo.

—Tranqui, tranquilo, che —le dijeron.

Pero él también sintió llegar, otras voces heladas, susurrando de nuevo, sibilinas.

"...¡Ay si los moja un rocío...!"
"...¡una luna roja...!"
"...¡un viento norte en la madrugada...!"

—Tranquilo. Te voy a explicar.

Le van a explicar.

Le informaron las razones que exige el despiadado sacrificio.

—Sí.

Es Herodes empecinado, implacable.

El hombre hecho trapo, piernas, manos, dedos flojos, intuyó que de inmediato, se entablará una cruenta lucha, en la que él, llevaría la peor parte.

Oponiendo en terreno adverso, a eruditas razones, su simple e ingenua verdad de pasto.

A cátedra pura, palabras que parecían ridículas.

Emotiva mímica.

A estadísticas.

El señor atacó, armado con una pica contundente, una premisa con peso de sentencia.

—¡Se crían pura sangre, con la cabeza, no con el corazón!

El hombre atajó como pudo, y ayudado por las manos, dice:

—¡Así de chiquitos! ¡Así de lindos!

Desde la altura, cayó, una sonrisa despectiva.

—El *elevaje*, depura, decanta…

—Zainitos colorados, patitas blancas…

—Manchitas iguales, como estrellas, en la frente…

—Mínima expectativa de vida y si por casualidad, se salva algno…

—¡Sanitos, glotones, da gusto verlos mamar…!

El diálogo absurdo, de sordos, siguió largo rato.

Desesperado, el hombre, fastidia, estropea, impolutos esquemas, pretende torcer, leyes inexorables, mancha, borronea todo, con sus torpes dedos, sucios de tierra.

Cansado de hablar al vacío, corta al señor callando.

Luego, brama.

—Vasco loco. Cabeza dura.

—Después no me vengas a llorar aquí.



Suspiró hondo. Hondísimo.

—¿No? Él no llora. Ya no llora.

Fatigado, muy fatigado, el señor con un gesto magnánimo, ordena un formulario.

Perdonavidas…, de pronto le dijo:

—¿Cómo les vas a poner?

El hombre recuerda. En estos días se casan dos hijos.
Graciela y Antonio.
Sus bienes materiales son pocos.
Todo amor y fe.
—Antón y Gracy —respondió.
Así se llamaron.



DE REGRESO



Arriba, nimbo dorado, fuego fatuo, voltean ciegos girasoles.

Abajo, avena verde amarilla, alfalfa azul añil.

Perfume, que trepa desde el rocío, aire ebrio, tiembla, ofreciendo tímida su tibio oro, una mazorca de maíz.

Algo hace música.

Y ambula por los plantíos, bandejas servidas, la gran yegua tostada.

Escarabajo ardido en fiebre, come que te come, glauca linfa sube a la fuente que lleva bajo su panza, que sus dos rubios potrillos ahítos de tanto mamar duermen desparramados al borde de la melga, como lagartijas al sol.

Come, que te come yegua.

Come, come.
Come.
Rezó.



~

Durante muchos días, el hombre, búho solitario, hurgó en el reducido montoncito de palabras que le iban quedando, en busca de las que necesitaba, para seguir contando su pequeña historia.

Una a una, las eligió y con ellas armó líneas.

Pero poco a poco las desechó, porque no alcanzaban a expresar aquel tiempo vivido.

Así cantidad de veces.

Las palabras se le habían ido para dentro, resumiéndose en su carne como espinas enquistadas.

Hasta que en determinado momento, acertó a formar una frase.

Simple.

Poca cosa.

Pero por no imaginar otra decidió continuar su relato con ella.

Era esta:

"Y la vida creció como una flor. Al principio leve capullo ingrávido, para no pesar al débil tallo, que lo levanta a pulso, lentamente, hacia el aire azul, donde puede abrirse en copa".

Sí. Eso fue.

Oscura raíz. Lucero.

Magia serena de la tierra.

Sólo eso.

Pese a que, en el anaquel de la esquina, cajas y frascos vacíos, hablen de otra alquimia.

La humana.

Pero los remos delanteros de Gracy, después del año, (otro milagro más, no le impidieron tener una infancia feliz), comenzaron a flaquear, haciendo más lento su paso cada día.

Y ninguna fórmula, pudo desatar aquel pacto secreto, todavía ignorado.

Se delinearon perfiles.

Antón siempre fue un infierno.

¡Enano maldito! Le gritó un día el hombre, cuando protagonizó un episodio siniestro.

Gracy en cambio, fue, es, dulce.

Romántica en el campo prefiere alimentarse con flores de tréboles y macachines.

Le encanta la azucarada melaza de los cardos.

Amiga de los pájaros, su lomo es columpio para todos.

Desde los antipáticos benteveos, hasta las urracas hippies, o los luctuosos tordos.

Pero tiene especial predilección por las garzas.

De mañana va, con su paso cambueco, a los verdes juncales donde la esperan las blancas.

Y al atardecer, emerge del bañado, en el vuelo hecho de silenciosos signos, una rosada.

Viene a ella, que la espera.

Hay que verlas.

Intercambian coloretes.

Coquetería pura.

Arreboles.

Pero a veces, hasta el propio sol, riendo, se les asocia, demorando un ratito más su *¡hasta mañana!* crepuscular, impacientando así al boyero, que espera en el horizonte opuesto, su turno para subir al cielo.

Antón su antípoda.

Vivaz, meterete, infatigable busca líos, todas las picardías fueron suyas.

Desde la habilidad para abrir cerrojos, al robo de ración con el consiguiente empacho.

Molestando a las yeguas madres, graves matronas, coleccionó cualquier cantidad de mordiscos y coscorrones.

Y una noche fría, cuando por fin descansaba en mullida cama de paja, la luz de una linterna le descubrió otra peculiaridad, más original que ninguna, ¡los ratones dormían con él! Cobijado, en su caliente y peluda barriga.

Apareció lo más pancho, a medias escondido, protestando por el encandilamiento, con patitas y orejas, comunicaba su disgusto al amigo, con sus inquietos bigotes.

—¡Increíble!

—¡Insólita amistad!

Se conocían caballos, amigos de perros, gatos, ovejas…

¡Pero de un ratón nunca!

El terrible Antón desconcertaba.

Un día acaeció algo muy extraño.

Un gato gris, joven, muy ágil, amaneció ahogado en el pozo.



El hombre muy triste e intrigado, atribuyó su muerte, al celo con que ese gato en particular, perseguía a los gorriones.

Por cazar algunos de los que vienen a bañarse en el balde, pensó.

Conjetura.

Pero extraño, muy extraño, conocida la prudencia, la cautela, de éste y todos los gatos.

Culpó a los pequeños, granujitas aliados, que usaban el balde como pileta.

No muy convencido.

Fue olvidando.

Varias semanas después, cuando el mediodía era un panal colmado, que ronroneaba satisfecho, de pronto, un lastimero maullido, quebró el bucólico ensueño.

Raro.

Ningún ladrido de perro previo, lo justificaba.

Se escuchó otro, y otro, cada vez más fuertes y quejumbrosos.

Venían del galpón grande, a esa hora estaba vacío.

¡Otros! Cada vez más intensos, se acercaron por el presuntamente desierto patio, y sintió ominosos pasos, que resonaban sordos en el pedregullo.

Corrió afuera alarmado y vio despavorido, algo inaudito, descabellado.

Antón había atrapado a la gata parda Tobita, (implacable devoradora de ratones) y asida por la cola, con sus fuertes dientes, la traía muy ufano.

Caminando con el pescuezo estirado, para evitar los remolinos de rabiosos zarpazos que rasgaban el aire, de la asustada Tobita, que colgada, giraba desesperada, como pelota lanuda.

¡Y venían directo al pozo!

Al hombre se le heló la sangre, ante esa terrorífica evidencia, que de pronto aclaraba el anterior enigma.

No atinó a nada.

¡Y ya estaban casi encima del brocal!

Era inminente la zambullida, que costaría a la pobre gata, sus siete vidas.

Y maulló pavorosamente, y Antón alzó la cabeza.

Su quijada pareció abrirse y el hombre sin saber hasta ahora, de dónde lo saca, se vio con un balde en la mano.

—¡Antón! ¡Antón!

(¿Cómo pudo hablar tranquilo?)

—¡Antón! ¡Antón!

Sus dedos tamborilearon llamando su atención:

—¡Tome! ¡Tome!

¿Querría otro poco de comida el potrillo? Dijo al angelical.

—¿Comida?

(El balde eso indica).

Sorprendido, Antón miró desconfiado.

Y Tobita fue angustiante péndulo, dentro del círculo fatídico.

—¿Comida?

Y a él, preguntarle, ¿si quiere comida?

—¡Miren, miren! ¡Tome! ¡Tome! ¡Qué te parece…!

Los que sí, los que no, de la cabeza de Antón, hicieron que la gata condenada, oscilara, subiera, bajara en escalofriante vaivén.

—¡Tome! ¡Tome! ¡Mire qué rico!

Maíz parecía por el sonido…

Y su voz sonaba indiferente.

Presuntamente, no tomaba partido.

Y la gata giraba enloquecida sobre el vacío.

Aparentó, espeluznante calma.

—¡Tome! ¡Tome…venga a comer otro poco!

—Otro poco…¿cuánto?

—¿Comer?

¡Era increíble! Aunque la limosna es grande...dos ideas, una diabólica, otra dulce, lucharon en su testa, pero ante el incidente ruido en el balde, fue cediendo la primera… total a esa gata chillona, comedora de ratones, la podía raptar en cualquier otro momento.

¡Y era maíz no más, lo que sonaba en el balde!

Con exasperante lentitud, flexionó una rodilla, inició un paso.

Tobita, centímetro a centímetro, sale de la trampa mortal.

Y ¿qué pasó?

Estalló un alarido, el hombre voló y Antón recibió un inesperado cachetazo, abrió la boca, Tobita bufó en un solo resoplido, un espanto, que recordará toda su vida, y hecha un basilisco, con un gigantesco salto, trepó a lo más alto de la parra, con la firme intención de no bajar nunca más; y él dio cuatro pasos, puso distancia, a salvo, cabeza inclinada, miró al hombre que ni rastro de balde tenía, que gesticulaba, como poseído y gritaba:

—¡Enano maldito! ¡Enano maldito!

—¿Qué había hecho él ahora?

Mejor escapaba, lo más lejos posible.

Fue un tiro huyendo.

—¡Enano maldito! —jadeó el hombre, recogiendo el balde todo roto.



¡Y era un viento el maldito!

¡Si hubiera crecido dos cuartas más…!

—¡Qué bicho terrible!

Bueno, es hincha de los ratones, recuerda.

Y rió bajito.

Sin muchas ganas.

~

Ésta vez, el fuego encendido es grande.

Tanto, que tiene rumores propios, conversaciones, rezongos, risas.

Ordena, desordena sombras.

Afuera, la noche está tan baja, que toda los techos.

Por momentos, un agua desbordada, golpea puertas y ventanas, recorre patios y corredores vacíos llamando siempre.

Alumbrando por rojiza luz, sobre una mesa tosca, el hombre vació su bolsa.

Le quedan pocas palabras.

Casi ninguna.

Las gasta todas, escribiendo: Crucifixión y Gloria.

Que no pasa de ser una frase hecha de acuerdo, cursi, vulgarizada por el uso.

Pero le sirve de bastón, temblequeante bastón para dar los últimos pasos en su relato.

Tanteando como ciego, en la oscuridad.

Sin omitir su culpa.

Que la tuvo.

Claro.

Marginado de los hipódromos, por su diminuta talla (y ese anatema técnico que lo lapidaba), Antón, ignorante de todo, vivió largo tiempo, inmerso en un limbo feliz.

Exonerado de horarios, regímenes especiales, agotador entrenamiento, rígida disciplina, vagó, más pícaro que nunca, por las praderas.

Y en esos días transcurridos a su antojo, retornó plenamente a la naturaleza más primitiva, que incluso cómplice, le serviría de refugio, cuando por alguna trastada debía huir de los galpones, haciendo gala de su portentosa velocidad, que más de una vez, llamó la atención al hombre.

Pasó un año.

Dos. Tres.

Antón quedó definitivamente fuera, del inexorable calendario, que inflexible, rige el ciclo de sus pares.

Quedó solo.

Solo.



~

Fue como una de esas nubecillas blancas, que como copos solitarios, flotan en el celeste espacio. Ajenas al viento, a cualquier denominación a propósito.

Simple regodeo para el sol.

Una malhadada mañana, se presentó en la cabaña un pérfido sujeto.

Sonrisa meliflua.

Mano floja.

Voz taimada.

Se interesaba por Antón.

Es un lujo de caballito.

Sí, él sabía que no estaba en venta.

Además, él no contaba con medios, ¡pero qué falta le hacía!, como juguete para sus hijos. Dijo.

Él podía comunicarse muy bien con animales y niños.

Pero era torpe, muy torpe, casi negado, en el trato con sus congéneres.

Pensó. Cosas elementales.

Era bueno para el díscolo Antón civilizarse un poco.

Aprender reglas de urbanidad.

Se lo prestó por un verano.

Cuando lo llevaron, lo miró apenado.

Y Gracy, la hermana chueca, lo despidió con un largo, interminable relincho, al que Antón, genio y figura, contestó con otro, fuerte y corto.

Aquí el hombre contrito se interrumpe para golpear su pecho.

Meses después, un amigo le trajo la indignante noticia.

Lo había rescatado lejos de allí, invocando su nombre.

¡Antón estaba reducido a una sombra!

¡Sí! ¡Era un mísero esqueleto!

¡Habían abusado de su buena fe! ¡De presunto juguete para niños, Antón había pasado a ser mercenaria maquinita! Lo habían alquilado en una playa.

Furia.

Sí, él, nieto de un caballo criado en cuadras reales, en bárbaro sometimiento de cadenas y palos, había sido reducido a galeote, condenado a subir y bajar médanos, hasta caer muerto de sed y fatiga.

Furia negra.

¿Qué odio…?¿qué?

—¿Dónde está ahora?

—Lejos, en una pista de carreras.

Conociendo su raza y sin otra alternativa por el momento, allí lo habían llevado. Lo cuidaban, descansaba, se reponía.

Tanto que dentro de dos semanas, ¡iba a debutar en una carrera sobre setecientos metros!

—¿Queeé?, ¡qué locura!

—¡Qué disparate!

—¿Cómo hacen eso? Bonita hospitalidad.

Fue imposible deshacer el entuerto, una vez que se verificó, que esta vez no era fruto de una nueva maldad, sino de una simple ignorancia.

Bueno.

Que corra por correr, sin exigencia alguna.

El hombre prometió ir a verlo correr, si el amigo lo acompañaba.

—Para sufrir menos —dijo.

~

Hay lugares en nuestra tierra, que parecen suspendidos en otro tiempo.

Y a veces sucede, que están próximos a rutas importantes, transitadas, conocidas, por todos.

Sí, existen esos sitios misteriosos.

Aire, arroyo, colinas, valles, centenarias construcciones.



Todo parece detenido en un espacio, sin principio ni fin.

Inmóvil piedra gris, ojo de agua, monte indígena.

Hasta la propia gente que los habita, o casualmente llega a ellos, adquiere enseguida su pátima.

Voces, gestos, ademanes, aún las cambiantes ropas, decolorándolas un poco pueden ser iguales o parecidas, a las de personas o cosas, que aparecen en esos cuadros y láminas sepias, que por escaleras de fechas, suben, bajan, van, vienen.

En un paraje de éstos, iba a competir Antón.

Sobre el lomo áspero de una cuchilla, cerca de pedregoso cerro.

Antiquísimo monte de eucaliptos, ferrugiento alambrado.

Bordeándolo, cinco trillos.

Apenas roturadas en la gramilla, trabajosamente carpida.

Enramadas. Fogones.

Poca gente.

Atontada por un bordoneo, monótono, triste.

Por suerte, lo calla una voz engolada, rotunda (la del rematador, que martillo en ristre, trepa a un cajón, para despertar al escaso público que lo circunda, con estrepitosos golpes en improvisado atril). Y que bruscamente sale de su marasmo, para de inmediato extasiarse boquiabierto, con la pueril golosina que le brinda esa mano como preámbulo, dibujando a pura tiza, con ceremoniosa lentitud cinco nombres de caballos, en la destartalada pizarra, que cuelga de la baranda de un camión.

Y el brillante martillo, revolotea entre el humo de los chorizos, para deletrearlos también.

Ratificados, de inmediato retumba, estentóreo, el grito que anuncia:

—Señores, vamos a rematar las apuestas que ustedes formulen por separado, a cada uno de estos cinco magníficos parejeros.

—¡Rapidito, rapidito, señores!

—¡Que según el reglamento de carreras, válido para pistas y sendas rurales, hay que correr antes de la puesta del sol!

—¡Como todos ustedes lo saben, señores!

—¡Rapidito! ¡Rapidito!

—¿Cuánto creen ustedes que vale el primero?

—¡Palomino! ¡Palomino señores!

—¡El hermoso tordillo borra de vino, señores!

—¿Cuánto vale?

—¿Cuánto vale el Palomino señores?

—¿Cuánto vale? ¿Cuánto vale?

—¡Rapidito! ¡Rapidito!

El martillo aguijonea, pica, estimula, al ahora apretado corro de mirones, busca bocas que intentan abrirse, levanta dedos, que apenas pergeñan garabatos, ocultando cifras, todavía mentirosas.

Su martillo pesca, engancha, aplasta, deshecha, aclara, pone en limpio, traduce, devuelve concretas, tonante histriónico.

—¡Doscientos! ¡Doscientos aquí!

—¡Trescientos! ¡Trescientos allá!

Se escandaliza.

—¡Un regalo! ¡Un regalo!

—¡Palomino viene de ganar, señores!

—¡De ganar! ¡De ganar!

Caldeando el ambiente, la puja se intensa, porfiada.

—¡Setecientos! ¡Setecientos!

—¡Setecientos allí!

—¡Ocho, ocho allá y vendo!

Ce el martillo.

—¡Al señor de la campera verde lorito!

Risas.

Salvo Antón, todos se cotizan.

Su nombre figura escrito con H, en la apocalíptica tabla.

"HANTON", dice, repitiendo el error del programa, impreso en rojo y negro, tan pomposo como burdo.

Hasta en eso le va mal. Pensó el hombre, que vacilante, como enfermo, se apoya en su amigo.

Ya fue a verlo.

Está en un claro, entre los árboles, junto a sus contrincantes, enormes, poderosos.

¡Y para colmo! Bajo una manta tan grande, que le queda como la bata de un púgil peso completo, puesta sobre los hombros de un peso mosca.

Todos ríen al verlo.

—¡Tan chiquito!

—¡Y flaquísimo!

—¡Consumido!

—¡Y éste!

—¿De dónde sale?

El hombre abrazó conmovido a su fantochito.

Hubiera querido decirle: ¡Perdóname! Mientras alisó su flequillo bajo la testera. Pero no era un momento para flojeras.

Murmuró en su oreja:

—Saludos te manda Gracy —y conociéndolo:

—Ah, y también Tobita.

Arregló su manta, cuidando no mortificar sus llagas, por suerte ya cicatrizadas. Resbaló un brazo por su lomo. Palmeó su anca.

—Suerte viejo.

Eso fue todo.

—¡Borre! ¡Borre!

—¡Otra vuelta! ¡Otra vuelta, otra vuelta, señores!

Fiebre. Sed. Cerveza.

Desparramo de botellas vacías, sobre el pasto.

Trapo mojado, tiza.

—¡Borre! ¡Borre!

—¡Ligerito muchacho!

—¡Otra vuelta! ¡Rapidito, rapidito, señores!

—¡Rapidito que el sol se nos viene abajo!

Hace pantalla con la visera (apenas dos dedos sobre el cenit).

La puja se hace lenta, pesada.

Palomino, favorito, seguro ganador, la enfría.

Se comenta:

—No paga nada.

—¡Devuelve la plata! ¡Sí!

—¡No vale la pena!

—¡Borre! ¡Borre!

—¡Ligerito muchacho!

Trapo. Tiza.



—¿Otra vuelta…?

El martillo gira alto, mientras el vociferante rematador, extenuado, escudriña por última vez el horizonte.

Y se asusta porque la gota de sangre redonda del sol, ya salpica la cresta del cerrito.

Tira el martillo y grita a todo pulmón:

—¡A enfrentar! ¡A enfrentar!

—¡A enfrentar!

—¡A la cancha! ¡A la cancha, señores!

—Y muchas gracias —dice tarde, cuando el desparramo es general.

Suspira con alivio y de un salto baja del cajón.

Desinflado, es uno más entre el público, que se apresura para ubicarse al borde de las sendas.

Con papelitos azules como cédulas, ocultos en sus manos toscas.

De cuando en cuando, todavía alguien grita:

—¡Fila, fila! Doy fila con Palomino.

—¡Fila!

Pero nadie responde.

Y todos aguantan con los hombros, un enorme disco de bronce derretido, que moja más sus transpiradas espaldas.

~

Ahora el hombre puede escribir muchas cosas. Relatar lo que sucedió, de varios modos distintos, que de cualquier forma que cuente la historia, es en el fondo, la misma.

Porque lo que lo hace increíble, radica en el hecho, de que es absolutamente cierta.

Elige narrar la versión que mejor evoca su miedo.

Sí.

Es lo justo.

Decir el miedo pavoroso que tuvo. Cinco minutos antes, y luego hasta la mitad de la carrera.

Cuando cobarde, cerró los ojos.

Esta es:

El sol ya con la punta clavada en la tierra, ante la tanta angustia de la gente, se detuvo un momento, demorado en estirar sombras violetas.

Y los puntitos luminosos que lejos y a contraluz, trajinaban bajo un zócalo de árboles, quedaron inmóviles, un instante, hasta que hondo rugido, anunció que arrancaban en frenéticos saltos y venían sobre nadando fragoroso trueno.

—¡El quinto! ¡El quinto a la derecha! —gimió el hombre, con temblor de vara fina.

—Sí. Sí —la voz de su amigo sonó fría.

—¡Pero viene último, lejos!

—¡Pobrecito! —se escuchó decir el hombre.

Y bajó la cabeza, cerró los ojos, apretó los párpados, mientras siniestros coletazos de gritos roncos, lo golpeaban.

Y ahí estaba, bamboleando ciego, cuando perforó sus tímpanos, el desaforado alarido de su amigo, que abrazándolo lo sostenía, para sacudirlo mejor.

—¡Mirá! ¡Mirá! ¡Antón! ¡Antón!

Abrió los ojos incrédulo y sus órbitas no dieron a vasto dilatándose, para dar entrada a la visión de un mágico Antón, que más que correr, volaba.

—¡Oooohhh! —tartajeó demudado.

Y ya había dejado atrás a tres.

Y cabeza gacha, con inusitada furia, iba en pos del tordillo, que sintiéndolo encima, se estiraba desesperado en vano.

—¡Antón! ¡Antón!

Gritó delirante y ya el enanito le entraba al grandote.

Ya estaba a medio cuerpo, al hocico y cayó cruel, el látigo sobre Palomino, pero lo salvó la raya, cruzaban la meta.

Y por momento todo quedó así.

Polvo, caballos patas en el aire, hasta que tocaron tierra y volvió el ruido.

Ensordecedor.

—¡Alcanzó!

—¡No alcanzó!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Cinco metros más!

—¡Queeé! ¡Tres! ¡Uno!

—¡Uno más y ganaba!

—¡Uno más y ganaba!

—¡Ganaba!

—¡Sí, ganó!

—O le reventaba ese corazón ¡tan grande que tiene!

—¡Sí! Eso.

Bañado en sudor, sin un pelo seco, blanco de espuma, Antón, terriblemente cansado pero orgulloso, volvió al pesaje.

Dos, tres, cuatro palmos más grande, porque lo levantaban en vilo, los aplausos y los vítores.

Así lo vería en lo sucesivo, el hombre y todos los demás.

Y ya es inútil, casi irrelevante, narrar sus hazañas posteriores, porque, cuando calla la crónica, se escucha la música.

Y al rato, brota solo, un arcano canto, que para entibiar fríos días venideros, deja un puñadito caliente, junto al corazón.

~

Haras el Fortín.

Otoño del 88.

PD 22 de diciembre, 1988: Ayer Gracy dio a luz, un enorme potrillo dorado. Está redonda de felicidad, aunque rezonga de continuo, porque casi no puede seguir con su mano chueca, el cascabeleante retozo, con que su hijo descubre el mundo. Se llama "Con Fe", para irle sonriendo a una esperanza.



ÍNDICE

Compaginación y edición

Leandro Fernández
leandrofernandezminetti@gmail.com

Montevideo - Uruguay
2018